

Amadísimos fieles

Decíamos el domingo pasado que en el mundo religioso nuestro tropezamos con un gran Gigante del Mal que amenaza por su misma base toda nuestra religiosidad. Este gigante del mal es la ignorancia y tenemos que combatirla resueltamente haciendonos eco del primer deber del primer mandamiento de la ley de Dios que es es conocer a Dios, conocer la Religión, conocer a la Iglesia de una forma que satisfaga nuestras inquietudes y sea adecuada a nuestra cultura profana.

Decía un escritor francés, Anatole France, que el ignorante es más funesto que el malvado, pues el necio es vitalicio y sin foros y el malvado algunas veces descanza. Acaso esta su opinión sea discutible desde el punto de vista social, pero no me atrevería a decir que en lo referente a la vida religiosa resulta ~~expresión~~ falsa o inexacta esta opinión. Del que llega a conocer la religión, aunque sea un malvado se puede esperar que vuelva a abrazar la verdad, pero del que ignora no hay nada que esperar. Por eso la ignorancia debe resultarnos más perjudic al que la maldad y de ahí que tenga tanta importancia combatirla y sea este el primer combate que hemos de emprender para salvar la religiosidad.

Hace todavía pocas horas charlaba íntimamente con un hombre inquieto, sediento de verdad y de justicia y escuchaba de sus labios esta frase: las esencias renovadoras y revolucionarias del Evangelio no llegan hoy a nuestras almas. Es verdad. Fácilmente y corrientemente estamos dando la sensación de que aquellas esencias, las esencias que los cristianos de hoy ~~encontramos~~ en el Evangelio no pueden tener otra expresión que la de mera súplica o mera resignación. Por eso a los cristianos de hoy se nos ha podido caricaturizar en la figura de un mendigo que solo sabe pedir o suplicar. Y muchas veces gente sensible a la verdad y a la justicia, personas con magníficas disposiciones de ánimo para entregarse a Cristo, se ha separado de nosotros, impasibles para todo, apostrofándonos y echándonos en cara que es preferible morir que vivir de rodillas. Es que el Evangelio, mensaje de vida, no nos enseña nada más que vivir de rodillas, es que el Evangelio, el código perfecto de justicia y caridad no nos enseña nada más que vivir para el cielo sin que aquí en la tierra el reino de Dios, el reino de los cielos tenga ninguna proyección?

El Evangelio es un código, es una doctrina enseñada por Cristo mismo para los hombres, para que estos ya aquí en el mundo constituyan el reino visible de Cristo, reino de amor y caridad, reino de verdad y de justicia, que son los grandes valores que descubre a los ojos de todos los hombres, pero nosotros no conocemos esa doctrina, nosotros no conocemos ese código si no es a través de unas formulas sencillas y simples adecuadas para nuestras mentes infantiles, pero insuficientes para contener toda la verdad, todo lo que demanda nuestra mentalidad de hombres ya maduros, ya hechos. Qué proyección va a tener aquella doctrina en nuestra vida practica si no la conocemos más que rudimentariamente, infantilmente? Es que hemos hecho algo para llegar a tener un conocimiento más completo, más apropiado, hemos hecho algo para penetrar nuestras almas de aquellas esencias puras, de aquellas doctrinas divinas?

Así se explica que la presencia de tantos cristianos coincida con la existencia y desarrollo de tantas formas paganas, de tantas instituciones de tan poco sabor o inspiración cristiana. Es que los cristianos sin más formación que la primaria y elemental de la catequesis hemos sido incapaces para inspirar las instituciones y las formas de vida que iban surgiendo a exigencias del progreso material y social. Algo de esto veía aquel humorista inglés que dijo en cierta ocasión que el diablo para inmunizar el mundo

contra un ataque más virulento de cristianismo le había inyectado un cristianismo flojo y tibio.

Cómo nos hemos de hacer con esas esencias del Evangelio, cómo nos hemos de hacer con esa formación capaz de proporcionar a nuestro espíritu la satisfacción que constantemente demanda? Por de pronto sabemos que la primera misión, la misión principal que Dios encomendó a su Iglesia fue la de transmitir a las nuevas generaciones esa doctrina y esas enseñanzas que había traído el mismo Hijo de Dios. Ella es la encargada de transmitirnos fielmente esa doctrina. Para eso dispone ella de todos los medios aptos para dar a conocer la verdad revelada. Tiene organizadas las catequesis para los niños y hace falta que estos ayuden y los padres se preocupen de enviar a los niños, dispone de la predicación en las iglesias y es necesario que asistamos a ella no bastándonos en realidad oír la misa sino debiendo también de instruirnos siendo esta una de las cosas que tenemos que hacer para santificar las fiestas. Existe la predicación escrita, pero hace falta que avidos de saber leamos esos libros y esas publicaciones que tratan temas religiosos aun cuando su lectura no sea tan agradable y fácil como la de otros temas. Qué hemos leído? Gracias a Dios hoy existen publicaciones, libros adecuados para formarse en las cuestiones religiosas y morales y lo que hace falta es que tomemos interés por nuestra propia formación reconociendo humildemente que tenemos necesidad de la misma.

Ya que hemos hablado de libros quiero decir dos palabras sobre una de las faltas en que se incurre contra el primer mandamiento y concretamente contra este deber de formarnos. Es una idea difícil de desarraigarse de muchas cabezas la ~~xxx~~ de que se puede leer cualquier cosa. Claro... discurren ellos y dicen: al fin y al cabo es la verdad el objeto de nuestra inteligencia, al fin y al cabo nuestra inteligencia no admite más que la verdad y de por sí se desentenderá de la mentira... La verdad que nuestra inteligencia no presta de ordinario su adhesión mas que a la verdad, pero tampoco deja de ser cierto que de ordinario el error y la mentira siempre aparecen con algun reflejo de verdad, con algunos destellos de la verdad y esto puede motivar una adhesión indebida y por otra parte no hemos de concebir a la inteligencia humana al abrigo de las influencias provenientes de sus pasiones, de sus instintos y de sus intereses, que pueden y de hecho muchas veces inducen a la inteligencia a admitir y abrazar lo que no admitiera y abrazara en otra situación.

Un sabio español, Ramón Y Cajal solía decir que nada había que se asemejara tanto a una botica como una Biblioteca. En los estantes de la botica hay toda clase de remedios, toda clase de específicos, pero a nadie se le ocurre pensar que se puede uno servir indistintamente cualquier cosa. Lo que es remedio para uno puede ser veneno para otro. ¿Es malo? No. Todo lo que se guarda allí se tiene para servir a la salud, pero no se sirve nada sino es con receta. Por eso la autoridad, celosa del bien común ha puesto al frente de estos establecimientos personas de carrera, personas competentes y con garantías de acierto y seriedad y no se nos ocurre ir allí a buscar las cosas sino es con una receta expedida por un medico entendido y competente. La Iglesia no menos celosa del bien espiritual de sus hijos ha hecho algo parecido con los libros que tratan de temas religiosos o morales. No permite que se publiquen y se lean sin su censura, sin su juicio y además ha establecido un índice de libros prohibidos cuya lectura solamente se permite a quienes tienen autorización para ello, autorización que solamente concede cuando hay motivos y no se teme ningun perjuicio considerable antes bien se trata de promover un bien.

Sepamos, pues, en cuanto a los libros que no todos son buenos ni todos son para todos....